

EL SEGUIMIENTO DE JESÚS

Al leer el Evangelio, se encuentra con frecuencia la palabra imperiosa de Jesús «¡Sígueme!». A ésta suele seguir la frase «y ellos le siguieron». Pero, ¿qué significa seguir a Jesús?, ¿qué supuso para los que escucharon su llamada a seguirle? El autor intenta, en el presente artículo, reflexionar con verdadera sencillez sobre las implicaciones del seguir a Jesús». Para ello se centra en la lectura misma del Evangelio, pero teniendo plenamente presente el contexto de nuestra vida en la actualidad.

O seguimiento de Jesús Cristo, Revista Eclesiástica Brasileira, 42 (1982)12-28

El seguimiento formal

Hay un seguimiento formal que consiste en obedecer las enseñanzas de Jesús. Conociendo lo que dice intentamos traducirlo a nuestra vida. De este modo, Jesús parece más objeto de imitación que propiamente de seguimiento.

En esta perspectiva, Jesús es visto, sobre todo, como un Sabio o un Maestro de vida moral y espiritual. Y ésta es considerada como algo que ocurre entre el hombre y Dios, en lo íntimo del corazón. El Evangelio queda deshistorizado y transformado en un código de preceptos. Nos encontramos así ante una ley abstracta que reduce el cristianismo a una práctica moral y espiritual.

No es raro encontrar personas piadosas que viven un cristianismo tan alejado de la historia que sólo practican lo que Jesús enseñó sobre la vida espiritual y no lo que dijo sobre la justicia, por ejemplo.

Existen otros que intentan vivir el cristianismo, pero que al mismo tiempo son cómplices de un sistema anticristiano en su misma esencia. ¿Es coherente, por ejemplo, que un magnate de la industria pueda ser realmente cristiano sin romper con la situación en que vive? Hay una contradicción enorme entre lo que cree y lo que vive o está obligado a vivir. Sé que la solución es difícil. Sólo quiero señalar una contradicción muy común en ciertos ambientes cristianos y devotos.

Y ¿qué decir de aquéllos que pretenden aliar cristianismo y opresión? ¿De aquéllos que oprimen en nombre mismo del cristianismo? Leí en algún periódico, hace tiempo, que cierto coronel, hoy diputado y que fue Jefe de la Seguridad Pública de Sao Paulo, es lector asiduo del Evangelio de S. Mateo. Parece ironía.

¿Qué es lo que permite tales desvíos, contradicciones y perversiones en el cristianismo? Me parece que, por lo menos en parte, es una lectura formal del Evangelio. Si lo leo separado de las situaciones concretas en que vivo no pasará de ser un conjunto de enseñanzas generales y abstractas cuya aplicación se confía a mi generosidad. Si se lee, sobre todo, separado de la práctica de Jesús, puede ser utilizado para justificar acciones que el mismo Jesús sería el primero en condenar.

Hay, pues, un modo de entender el seguimiento de Jesús que no nos lleva a tomarlo como ejemplo. Seguir a Jesús, en este caso, consiste apenas en obedecer e imitar sus

virtudes. Ya es mucho dirán algunos. ¿Pero, es para esto que Jesús llamó a sus discípulos?

El seguimiento real

Existe otro modo de entender el seguimiento que consiste en tomar el *camino histórico de Jesús*. "Yo soy el camino" (Jn 14,6). Se trata aquí de considerar la propia historia de Jesús como base del seguimiento.

En esta perspectiva Jesús no es considerado primariamente como un Sabio o un Maestro espiritual, sino como un profeta escatológico que viene a anunciar a los hombres los últimos designios de Dios. El proceso de su vida personal nos lo hace conocer mejor que sus propias enseñanzas. Y éstas sólo adquieren un sentido definitivo a la luz de su vida.

Es claro que los gestos de Jesús no son repetibles, pertenecen al pasado en su materialidad histórica. Pero hay un sentido que ultrapasa estos mismos gestos. Y es ese sentido el que debe ser revivido y encarnado. Es indispensable, por tanto, captar el sentido global y coherente de la vida de Jesús. De ahí la importancia fundamental de recurrir a su camino histórico.

El Evangelio nos muestra cómo Jesús se aproximaba, en todo momento, a los marginados de su tiempo. De todos éstos Jesús exige la fe en el Reino que se aproxima. La única exigencia moral que Jesús hacía a los pecadores era que no pecasen más. Sin embargo la fe-esperanza en el Reino se concretaba en la fe-confianza en Jesús. A través de esta fe se creaba un vínculo personal entre el marginado y Jesús. En todos estos casos no hay una llamada al seguimiento: hay una llamada a la fe-esperanza. Es un hecho: no todos aquellos con los que se encontró Jesús fueron llamados a seguirlo. Ni todos los que se adhirieron a Jesús recibieron su llamada (Mc 5,18-20; Lc 19,1-10). Hay incluso un caso de rechazo explícito. Y S. Mateo precisa que se trata de un escriba (Mt 8,19-20). A algunos, sin embargo, marginados o no, Jesús les llamó para seguirle (Mc 1,16-20; Mt 9,9-13; Lc 18,18-20).

¿En qué momento de su vida pública decidió Jesús constituir un grupo de discípulos? Los exegetas admitirían que Jesús comenzó recorriendo Galilea y anunciando la llegada del reino de Dios. De entre aquéllos que se dejaron conquistar por su mensaje, después de cierto tiempo, difícil de precisar, llamó a algunos para seguirle. Los Doce formaron un grupo todavía más reducido.

El estilo de vida de Jesús

La llamada al seguimiento incluye exigencias que Jesús presentaba de una manera brutal y radical.

La credibilidad de una proposición no se mide sólo por su contenido, sino también por la confianza que suscita la persona que la hace. Aceptar esta llamada es ya un acto de fe. Por otra parte esta fe es un don del Padre. "Nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre" (Jn 6,65).

El seguimiento crea un nuevo tipo de relación con Jesús. No es sólo confianza en su persona sino en una comunidad de vida y de acción. A los Doce Jesús los llamó "para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3,14). Esto significa que los discípulos formaban un grupo que abrazaba el *estilo de vida de Jesús y su práctica*.

Para vivir así los discípulos tuvieron que romper con su vida anterior. El seguimiento de Jesús exige *rupturas radicales*.

Círculo familiar. "Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío" (Lc 14,26). Sólo aquel que está dispuesto a romper con todos sus lazos humanos podrá compartir la vida de Jesús y participar de su misión (Mc 1,20; Lc 9; 59-60; Lc 9,61-62).

Profesión. El seguimiento de Jesús exige un cambio de profesión. "Venid en pos de mí y haré de vosotros pescadores de hombres. Al instante, dejando las redes, le siguieron" (Mc 1,17-18). El discípulo rompe con cualquier proyecto personal de vida. De ahora en adelante su proyecto será el de Jesús.

Despojo efectivo de los bienes. El seguimiento exige incluso el abandono de todo lo que se tiene (Lc 18,18-23) y el adoptar un género de vida marcado por la inseguridad. Pero eso mismo le une a la situación del Hijo del Hombre que "no tiene donde reclinar la cabeza" (Lc 9,58). Cuando Jesús envía a los Doce (Mc 6,8-9) les recomienda que vayan sin nada para el camino, pero que lleven sandalias y bastón. Estos son para que ayuden a los mensajeros a desempeñar mejor y más rápidamente su misión.

Renuncia a la propia vida. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará" (Mc 8,34-35).

El anuncio de la llegada del Reino provoca una gran esperanza mesiánica en el pueblo que se manifiesta en un clima de entusiasmo e incluso de exaltación. Sin embargo, en un momento dado, Jesús se da cuenta de que se encamina a un enfrentamiento con la sociedad judía y que le espera un fin trágico. A partir de aquel momento presenta a sus seguidores una nueva exigencia: cargar con la cruz (Mc 8,34; Mt 16,24; Lc 9,23).

Al hablar de la cruz, Jesús critica una concepción romántica del seguimiento (Mt 20,20-23). Seguir a Jesús es participar también de su destino.

Antes de proseguir nuestra reflexión me parece necesario considerar dos puntos.

La vida de Jesús es un *ejemplo vivo* de estas rupturas y renunciaciones, que tienen un sentido positivo : la total libertad para la dedicación al reino de Dios.

El seguimiento de Jesús crea un *vínculo especial* entre aquellos que participan de la misma aventura. La institución de los discípulos, a mi parecer, pretendía formar una comunidad de hombres libres de las grandes servidumbres de la condición humana, a fin de que pudiesen, por esto mismo, entregarse totalmente al servicio del Reino.

La práctica histórica de Jesús

Su estilo de vida se ordenaba a la acción. No vivía en el desierto como los ermitaños, ni en la clandestinidad como los zelotas. Su vida transcurría en medio de la sociedad de su tiempo.

La acción de Jesús puede ser analizada en los diversos niveles en que se articula toda sociedad: económico, político, social y religioso. Todos sus actos tenían una coherencia profunda, pues procedían de opciones que se unificaban en el proyecto fundamental del reino de Dios.

Analicemos, ahora, sucintamente la *práctica histórica* de Jesús, que es fuente de exigencias y norma de acción para sus discípulos.

Nivel económico. En este nivel la práctica de Jesús se concretiza en una exigencia de compartir los bienes y en una actitud de comunión con los pobres (Le 16,19-31; 19,1-10). Práctica que se opone a la acumulación de riquezas, que Jesús condenó de manera vehemente (Mt 19,23-24; Le 18,24-27). Jesús era un pobre, y hace de su pobreza una comunión con todos los pobres. Comunión que se traducirá en solidaridad activa.

Nivel social, nivel de las relaciones humanas. En medio de una sociedad dominada por el miedo y el interés, Jesús se manifiesta con una total independencia delante de los grandes (Le 13, 32-33; 23,842; Jn 18,19-23; 18,33-37) y con una compasión sin igual por el pueblo. Con todos y con todo una libertad soberana. Lo que debe regir las relaciones humanas no es el miedo o el interés sino el amor, que comienza por la práctica de la justicia y llega incluso al perdón de los enemigos (Mt 5,43-48; Le 23,34).

Nivel político, de gobierno del pueblo. El poder, tanto político como religioso, se ejercía por la dominación y la opresión. Las autoridades hacían sentir su peso (Me 10,42-45; Mt 20,25-28; Le 22,24-27). Sin negar a priori la función del poder, Jesús lo entiende como servicio. Y da ejemplo (Jn 13, 1-15). Dicho de otra manera, proclama la igualdad de todos los hombres y lanza las bases de una fraternidad universal (Mt 23, 8-11).

Nivel religioso. Jesús de Nazaret se sitúa en la tradición Bíblica, en la tradición de los profetas de Israel. Jesús practicó la religión de su pueblo; pero cuando sube al Templo, es para enseñar, discutir o defender la honra de Dios, no para ofrecer sacrificios. Es una actitud de profeta.

Por otra parte Jesús era un hombre religioso. Sin Dios, sin la intimidad misteriosa con el Padre, la vida y la práctica de Jesús pierden todo su sentido.

Intentemos resumir en algunos puntos las actitudes religiosas más fundamentales de Jesús.

Referencia constante al Padre: raíz y fuente de todas las cosas. El Padre le envía para cumplir su misión. Misión a la que es fiel hasta el sacrificio de su vida (Jn 6,38; 4,34; 5,30). Jesús se experimenta como Hijo, al que todo le ha sido dado. El es el único que conoce al Padre. Por eso es el único que puede revelarlo a los hombres (Mt 11,27). Esta intimidad con el Padre es también objeto de gozo. Los evangelistas insisten en la oración de Jesús (Me 1, 35; Mt 4, 23; Lc 3, 21; 5, 16; 6,12; 11, 1; 22,41). A este

respecto tenemos un hermoso texto de la carta a los Hebreos: "El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su piedad" (Hb 5, 7).

Compasión por los hombres. La compasión de Jesús por el pueblo y la cortesía con que trataba a los pecadores revelan los sentimientos de su corazón (Me 6,34; Jn 8, 10-11). Pero estos sentimientos de Jesús son también revelación de la compasión que el Padre tiene por los hombres. Compasión es uno de los nombres de Dios. Nosotros lo sabemos a través de las palabras y los gestos de Jesús. "El Hijo del Hombre ha venido a salvar y buscar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10).

Libertad soberana delante de la ley (instituciones religiosas), cuando el bien del hombre está en juego.

Defiende a sus discípulos que arrancaban espigas de trigo en sábado, para comérselas. Los fariseos les critican porque lo hacen en ese día (Mt 12, 2). La respuesta de Jesús llega directa, luminosa, liberadora: "El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado. De suerte que el Hijo del hombre también es señor del sábado" (Mc 2, 27-28).

En sábado también, cura a una mujer "a la que un espíritu tenía enferma hacía 18 años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse" (Lc 13, 11). El jefe de la sinagoga reprende a la multitud porque venía a ser curada en este día (Lc 13, 14). El era un guardián celoso de la ley y sabía que el sábado estaba consagrado a la gloria de Dios. En cambio, para Jesús, si el sábado estaba dedicado a la gloria de Dios, no podía ser contra la liberación del hombre. El sábado se vuelve inicuo cuando impide el bien del hombre.

¿De dónde le viene esta libertad sino de la altísima experiencia de Dios y de su amor por los hombres? "La gloria de Dios es que el hombre viva" dirá S. Ireneo. Y Jesús: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10).

Esta práctica de Jesús le llevó a un *conflicto* mortal con el sistema judío, que llega hasta la crucifixión. Por fidelidad al Padre y a sí mismo, por amor a los hombres que viene a salvar y liberar, Jesús toma su cruz. Aquel que se enfrentó al mundo desde los excluidos se hace excluir él también, pues fue crucificado fuera de la ciudad (Hb 13,12). Sin embargo en la Resurrección su práctica y su enseñanza fueron aprobadas por Dios. "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos" (Act 4,12). Jesús es el camino que conduce a Dios. Pero un camino que pasa por la historia del hombre. En Jesús de Nazaret, tenemos "un camino nuevo y vivo, inaugurado por él para nosotros, a través del velo, es decir de su propia carne" (Hb 10,20).

El estilo de vida de Jesús se ordenaba a una práctica: el *Reino de Dios*. Y aunque su plenitud está reservada al fin de los tiempos, el Reino es ya como una semilla que empieza a germinar. El Reino tiene, pues, una dimensión terrestre, histórica que se puede caracterizar como un nuevo orden inspirado por el amor y no por el poder. Orden que conduce a la liberación del pecado y de sus consecuencias personales y estructurales. Que nos lleva a vivir como hermanos, pues tenemos el mismo Padre, que es Dios.

El Reino llega en la palabra y en la acción de Jesús. "El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: vedlo aquí o allá, porque el Reino de Dios ya está entre vosotros" (Lc 17,20-21). Germen inserto en la historia, actúa como fermento en el seno de la masa. Durante su vida terrestre, a partir del mundo de los pobres, Jesús convoca a Israel para el Reino. Después de la Resurrección, fieles al mandato del Señor, los discípulos convocan a toda la humanidad. Esta es la misión que todos recibimos. Para construir el Reino de justicia, libertad y amor, no tenemos otro camino que la práctica histórica de Jesús.

El seguimiento hoy

¿Qué es seguir a Jesucristo? Creo que a esta altura ya podemos sacar una conclusión fundamental: el seguimiento real de Jesús exige una *adhesión efectiva a su práctica histórica*.

Los Evangelios son la narración de una práctica mesiánica de liberación. Todo se construye en torno al reino de Dios que será establecido por el Mesías. Por eso no podemos abstraer la enseñanza de Jesús de su práctica. Ya advierte el Evangelio que no basta con oír las palabras de Jesús, es necesario vivirlas (Mt 7, 24-27). Separando la enseñanza de la práctica se cae fácilmente en la ideología y ésta ya sabemos que es un aspecto parcial de la realidad.

A propósito de la práctica histórica de Jesús como base y criterio del seguimiento, apunto un proyecto que engloba todas las dimensiones del cristianismo y del hombre: el discipulado. La práctica de Jesús nos remite inmediatamente a su persona. Y, en cierto modo, es el fundamento y el horizonte de nuestro encuentro actual con él. En su sustancia histórica constituye un foco de exigencias objetivas que iluminan el camino del discípulo.

El seguimiento de Jesús no se realiza a través de una imitación servil de su vida. El seguimiento exige una *fidelidad creadora* que consta de dos puntos fundamentales: la inteligencia del sentido de los actos y palabras de Jesús, y una libertad ante las nuevas situaciones que van surgiendo en el transcurrir de la historia. Lo que es realmente indispensable es *encarnar el sentido* de sus gestos y de sus enseñanzas en nuestro contexto de vida. Sentido que asume revestimientos concretos diferentes de los del tiempo de Jesús. De ahí la importancia de tener en cuenta las *mediaciones históricas* de la práctica de Jesús.

Por ejemplo: en tiempos de Jesús el reparto de los bienes se concretaba en la limosna. Esta era su mediación histórica, la única posible. Hoy el reparto de bienes, para ser fieles al Espíritu Santo, tendrá que asumir otras mediaciones más eficaces y adecuadas a la conciencia de la humanidad. La imitación de ciertas mediaciones liberadoras del Evangelio puede resultar anacrónica. El problema de fondo no son las mediaciones concretas de la práctica de Jesús, sino la liberación que hoy tiene otras mediaciones. Por lo tanto: fidelidad creadora. Y tampoco podemos olvidar que esta fidelidad creadora es obra del Espíritu Santo que habita en la comunidad de los discípulos (1 Co 3,16-17), fecunda y guía la vida de testimonio de cada uno de sus miembros (Ga 5,22; Jn 16,13).

Jesús no impuso un modelo detallado de vida o de acción. Jesús envió a sus discípulos para que pudiesen prolongar creativamente la *lógica de su práctica* en cada circunstancia que exigiese la proclamación del Reino. Lo que, de hecho, es modelo para el discípulo es el modo como Jesús asumió su contexto histórico.

La *Iglesia* nace de la primera comunidad de discípulos que siguen a Jesús. Por eso, compete a la Iglesia, como un todo, seguir sus pasos. Mi seguimiento lo hago solidariamente con todos los discípulos.

Mirando en derredor veo tantos discípulos que se han tomado en serio el seguimiento de Jesús, que es para mí un estímulo y un compromiso. Sobre todo cuando miro a la Iglesia del Brasil, que en la contradicción y el conflicto, procura ser fiel al camino histórico de Jesús. Además la Iglesia sólo revela Jesucristo al mundo cuando es fiel a su práctica histórica. "Erais unas veces expuestos a ultrajes y tribulaciones; otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados; y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera. No perdáis ahora vuestra confianza que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido" (Hb 10,33-36).

Tenemos en el *servicio a los pobres* un criterio infalible del seguimiento. Criterio que procede de la práctica de Jesús y de las enseñanzas del Nuevo Testamento. El pobre es el resultado de una organización injusta de la sociedad, y como tal es un oprimido que clama por su libertad. Pertenece a una clase que cristaliza sus carencias y alienaciones: la clase popular, que, hecha de pobres, es una clase oprimida. Hablar del pobre sin referirse a la clase a que pertenece es eludir el fondo del problema.

Hoy día mi prójimo no es sólo el herido que yace a la vera del camino: hoy, mi prójimo son también las masas humanas, verdaderos subproductos de la historia, que claman por un mundo de justicia y fraternidad.

El ejemplo de Jesús muestra que el servicio a los pobres se hace sobre todo por el reconocimiento de su dignidad. Reconocimiento que se traduce en una opción efectiva por los pobres, que coloca sus derechos e intereses por encima de cualesquiera otros. Este es el camino que va tomando la Iglesia latinoamericana, y es signo de esperanza. Servir a los pobres es servir a aquél que, identificándose con los más pequeños (Mt 25, 31-46) estableció un criterio fundamental de vida cristiana.

El seguimiento de Jesús inaugura un proceso en nuestra vida. La convivencia con el Evangelio nos hace descubrir las opciones de Jesús que se transforman en la norma de nuestro caminar. Deseamos hacerlo como él lo haría. Pero todo este proceso procede de una raíz sumergida en las profundidades de nuestro propio ser: *la fe en la persona de Jesucristo*.

Sin esta luz que ilumina nuestros pasos, podemos desviarnos del camino. ¿Cuántos no se dejarán conquistar por mensajes a primera vista más eficaces? "¿Gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó a vosotros, a cuyos ojos fue presentado Jesucristo crucificado?" (Ga 3,1). Es verdad que la fe es oscura. No tiene el fulgor de la evidencia. Por eso mismo la fe es siempre inquieta. Por otro lado, ¿qué mejor camino que el de Jesús para responder a las más profundas aspiraciones del hombre? "Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes

palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6,68-69).

La fe en Jesucristo es, sí, la fe en el Hijo de Dios hecho hombre. Pero la fe en Cristo comienza por ser fe en Jesús. La fe en el Hijo de Dios comienza por ser fe en un hombre. En un hombre que vivió de tal modo su humanidad que se convirtió en el paradigma de todo hombre. Ser discípulo de Jesús es también vivir la propia humanidad en todas sus dimensiones. Ser hombre es seguir también el propio camino.

La fe en Jesucristo es el principio de nuestra *identificación* con él. El Señor, cuya presencia reconozco en el rostro del pobre y del oprimido, se encuentra presente también en mí, por la fe y el amor. "Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, y que estéis arraigados y cimentados en el amor" (Ef 3,17). Tomar conciencia de esta presencia que me habita es una dimensión del seguimiento que no puedo descuidar. Después, en la medida en que experimente esta presencia mejor conoceré las exigencias de aquél cuyo camino debo seguir. Si el seguimiento comienza por hacer coincidir mis pasos con los de Jesús, termina en la identificación con él. "Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,20).

No es una utopía. Es un ideal que hay que alcanzar a lo largo de la vida y de la historia. Creo, sin embargo, que se trata de una *propuesta radical* que se dirige a aquello que hay de mejor en los hombres que son capaces de comprender la grandeza humana. ¿Seremos capaces de responder a la llamada que Jesús continúa haciendo a los hombres de todos los tiempos? "Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8,31-32).

A modo de conclusión

Nos queda todavía un problema por considerar: ¿el seguimiento de Jesús, tal como acabamos de exponer, sería una llamada dirigida a *todos* los discípulos, o sólo a *algunos* de ellos?

Afirmar que se dirige a todos parece una actitud idealista. Es un dato del Evangelio: todos fueron llamados al reino de Dios, pero no todos fueron llamados a abandonarlo todo para seguir a Jesús. Afirmar lo contrario, que se dirige sólo a algunos sería reconocer la existencia de una *élite*, de derecho, en el cristianismo, y el resto serían discípulos de segundo orden. Para no caer en la problemática farisea ¿cómo resolver esta cuestión?

Es cierto que la llamada al seguimiento se dirige a *todos*. No hay pues dos categorías de discípulos. Ahora bien, como ya vimos, el seguimiento real se hace por la adhesión efectiva a la práctica histórica de Jesús. Esta es su sustancia. Esta regla no admite excepción. No hay pues, de derecho, una *élite* evangélica en el cristianismo.

Sin embargo, *algunos* son llamados a testimoniar, en la Iglesia y en el mundo, el *radicalismo del seguimiento*. Estos, además de asumir la práctica histórica de Jesús, asumen también su estilo de vida. Hacen una opción radical (Mt 13,44-46). La misión de este grupo es la de ser una señal viva, para la Iglesia y para el mundo, de lo absoluto

del Reino. Se trata en la práctica de una minoría que hace de su vocación no un privilegio, sino un compromiso.

En fin, el seguimiento de Jesús es el contenido esencial de la *Vida Religiosa*. Esta se sitúa en la línea del segundo grupo antes mencionado, aunque no goza del monopolio del radicalismo. Se puede caracterizar como un compromiso público y permanente que algunos discípulos asumen delante de la Iglesia, de adoptar ciertos medios que les vuelven más disponibles para el servicio del Reino. Estos medios se concretan en los votos de pobreza, castidad y obediencia, vividos en comunidad. Los votos configuran al religioso en el estilo de vida de Jesús. La vida en común le inserta en el dinamismo de la primera comunidad de discípulos, que, un día, lo dejaron todo para seguir a Jesús y participar en la construcción del Reino. La Vida Religiosa es, pues, un modo particular del seguimiento de Jesús, que no excluye otros modos, pero que tiene a su favor una integralidad de donación.

Tradujo y condensó: FRANCESC PERIS